

Se había acabado la clase y aun recordaba la extraña visión y las palabras de mi maestro retumbando en mi cabeza: *“De poco te servirán tus ojos una vez haya acabado tu entrenamiento”*; pero ya no sentía temor por ello, estaba orgulloso de ser capaz de dar mi vida por mi Fe en aquel que habita en la montaña, el señor del nido del águila, Alamut.

Una voz resonó en mi cabeza, una voz tan clara y tan firme que no me dejó otra opción que hacerle caso, era una voz seductora, con acento ligeramente oriental y no sé por qué, pero sabía que provenía de la torre principal de la fortaleza: *“Si de verdad darías la vida por mí, ven a verme, Fedayin”*.

Miré a mi alrededor, sabía que ninguno de mis compañeros lo había oído, pues seguían haciendo bromas y descansando después de una ardua tarde de entrenamiento a espada y daga.

Me levanté de la fina y cálida arena donde estaba sentado y el sol se reflejó, con uno de sus últimos y fugaces rayos, en la hoja de mi cimitarra, clavada en la arena, reflejando sus rayos hacia la escalera que escalaba la muralla que daba a la torre principal.

Así mi espada y, en silencio, por las sombras del atardecer, me deslicé hacia la muralla; comprobé que mis dagas seguían en sus vainas y me aproximé a la parte alta del muro, cerca de la puerta de la torre prohibida, aquella que daba a Su morada.

Uno de los guardias de la puerta vio mi sombra acercarse y me ordenó que me marchase de allí. Por un momento, pensé en hacerlo y me di la vuelta camino de los barracones, pero la voz me llamó de nuevo, esta vez por mi nombre: *“Yassam, ven a mí”*.

Con un sutil movimiento, cambié mi hoja de mano y con un giro, la hundí en el cuello del primer guardia, mientras, con la otra mano, alcancé la amenazante lanza de su compañero, que observaba anonadado mis rápidos movimientos. Después, con un giro, tiré de ella al mismo tiempo que extraía mi espada del cuello del primer guardia; después, en un último movimiento, empalé al guardia con su propia lanza y con la hoja de mi espada de plano los empujé hacia debajo de la muralla.

Para el momento en que los encontraron, yo ya observaba tranquilo desde la ventana del primer piso de la torre y la puerta estaba ya atrancada.

Aun tardarían en encontrarme, lo justo para poder llegar ante el ‘Habitante de la Montaña Sagrada’.

Subí dos pisos, tres, cuatro, la torre parecía interminable, cuando miré hacia atrás, observé como la puerta por donde había entrado, seguía justo detrás mía, atrancada por un grueso tablón de madera y dos anchas lanzas de a pie; sin embargo, mis piernas estaban cansadas, y mis pulmones necesitaban más aire del que podían extraer del viciado ambiente del rellano de la torre, sin entrada alguna de aire del exterior, salvo la pequeña rendija que dejaba la ventana en uno de sus dibujos del cristal.

Alguna vez – pensé – desearía no necesitar respirar, así no me cansaría al luchar, ni me ahogaría en las aguas del río y podría caminar distancias largas sin apenas perder el resuello.

Me senté en la escalera y cerré los ojos. De nuevo recordé las palabras del maestro, sus ojos mirándome a los ojos, arañándome las pupilas con su leve fulgor dorado: *“De poco*

*te servirán tus ojos una vez haya acabado tu entrenamiento*". Me sentí de nuevo con fuerzas, y, levantándome, comencé a subir la escalera.

Pero noté que descendía, y cuanto mas descendía, mas viciado estaba el aire, pero una fuerza sobrenatural y un frío intenso me rodeaban, forzándome casi a llegar a mi destino, fuese cual fuere.

Ni siquiera me atreví a abrir los ojos mientras caminaba, y de pronto, llegué; ya no debía descender mas y entonces, abrí los ojos.

Un pasillo me rodeaba; miré a mi espalda y no existía escalera alguna, sino un pasillo que se adentraba en la oscuridad. Calculé que me encontraba a unos cien o doscientos pies de profundidad, y el aire comenzaba a faltar en mis pulmones; algo despertó mi instinto y desenvainé mi espada avanzando por el pasillo lentamente, economizando el aire que me restaba y el que podía atrapar de vez en cuando.

La oscuridad me rodeó de pronto, y mi brazo se alzó hacía delante en un tajo mortal para quien allí estuviese.

Después, el silencio.

Unos brazos me asieron y sin darme apenas tiempo a reaccionar, me tiraron al suelo. Busqué mi espada, pero era imposible hallarla ante la oscuridad total que me rodeaba; los brazos se lanzaron a mi cuello, y conseguí asirlos antes de que aprisionaran mi traquea.

La fuerza de mi atacante era brutal, y solo pude retenerle por un momento, me aprisionó la traquea y comenzó a apretar destrozándome por dentro.

Me olvidé del aire y del dolor, cogí las dagas de sus fundas, las crucé sobre mi cuello, alcanzándole las muñecas, pero ni un grito de dolor salió de las fauces de mi atacante; sabía que mi momento estaba cerca, pero la voz me habló de nuevo: "*Allí donde anhelas y amas; allí donde sientes, estará tu salvación*".

No lo dudé ni por un momento, escuché los latidos de su corazón y hacía allí envié mis cuchillas, las mejor afiladas de todos los fedayines de mi barracón. La derecha alcanzó de pleno su corazón, y la sangre derramada comenzó a derramarse sobre mi cuerpo, la fuerza abandonó a mi enemigo, y quedó literalmente paralizado sobre mi.

Me lo quité de encima, y entonces mil antorchas se encendieron. Noté un dolor en el pecho, y encontré mi daga izquierda allí clavada, y mi sangre mezclándose con la sangre derramada por mi enemigo, que, como por arte de magia, había desaparecido.

En vez de eso, una sala circular, con gradas de piedra caliza de unos quince metros se extendía ante mi; yo me encontraba en el centro; como si fuera a ser objeto de un sangriento ritual, todos los ojos, conocidos y desconocidos, se fijaron en mi, observando como poco a poco, iba perdiendo la vida a través de la sangre que manaba de mi corazón.

Intenté articular palabra, pero me di cuenta, horrorizado que el aire de mis pulmones se había acabado. Tomé una bocanada de aire, pero aunque ahora parecía aire limpio, no

alcancé mas que a llenar un poco mis maltrechos pulmones. Con un esfuerzo sobrehumano, extraje la daga del pecho mientras, con mi último aliento gritaba: “¿Donde estás?, he dado mi vida por verte, ahora exijo mi recompensa, ¿Donde estas?”

Intenté incorporarme un poco y entonces le vi a él, Haqim, el de mi visión, el señor de la montaña, alto, delgado, de sonrisa petrea, lengua barba, y piel azabache. En su mano sostenía un objeto sangrante, ¿Un corazón?, la angustia de la muerte me rodeaba, el aire me faltaba, las fuerzas me fallaban, el silencio de la sala se me hacía el mayor ruido de mi vida, la muerte se hallaba a un paso, y por fin conocería el paraíso.

Su voz habló de nuevo: “*Esta es la octava generación de Haqim, y la novena de Kayyin*”.

Con un gesto alzó el corazón que sostenía y me lo acercó a los labios. Noté el poder que rodeaba al objeto portado por mi maestro, Abdelah... ahora era el, quien me ofrecía el corazón y la visión de Haqim había desaparecido.

“*Bebe Yassam, y vivirás para ser grande en la senda de Haqim*”

Bebí.

Yassam ben Abdelah ben Haqim